

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

HACE poco encontramos en una librería de viejo un libro que nos pareció tan nuevo, como la primera vez que lo leímos: «El encanto de Buenos Aires», por Enrique Gómez Carrillo. Es un libro publicado por Perlado Paez y Suc. de Hernando, en Madrid, 1904. Y coincidiendo con este hallazgo, un estudiante que prepara una tesis sobre el ilustre cronista, vino a vernos para que le diéramos algunas informaciones sobre su vida y su obra. Alargamos la mano y entre libros de nuestra biblioteca, se encontraba la biografía que don Edelberto Torres dedicó a la obra del cronista errante, como el profesor Torres llama a Gómez Carrillo.

Sabíamos de los valores, como biógrafo de don Edelberto Torres, por la espléndida biografía que dedicó a su compatriota, Rubén Darío, con el título de «La dramática vida de Rubén Darío». Esta biografía es una de las más completas que hemos leído, y en el caso de Gómez Carrillo, don Edelberto repitió su acierto, no sin vencer mil y una dificultad, porque la vida fragmentaria de Gómez Carrillo exigía investigar en muchas partes sus andanzas, a efecto de dar una imagen de aquella vida intensa, apasionada y desigual. El libro abarca dieciséis capítulos. Principia la obra con el concienzudo estudio del origen del cronista, de la familia Gómez Carrillo y Albornoz, su infancia y parte de su juventud vividas en Guatemala, sus primeros

achaques literarios, y su rebeldía al enfrentarse, siendo un imberbe mozalabete, con las figuras señeras de la literatura guatemalteca, los consagrados de aquella época.

Luego París, Madrid, Grecia, el Japón, Egipto, Buenos Aires, y otra vez París, y París siempre, en un andar que no encontró fin hasta que cerró los ojos. Cada uno de estos viajes, cada una de estas estancias, el biógrafo la acompaña del quehacer del cronista en cada lugar, amores, amorillos, zafarranchos de capa y espada, nombres de mujeres, nombres de escritores célebres, crónicas de guerra, de la primera guerra, y fantásticas leyendas como la de la Mata-Hari, a quien decían sus detractores que él había entregado. En la televisión francesa acabamos de ver y oír una entrevista a una de las máximas espías de la época, que todavía vive, y ella refirió cómo sus servicios, la red a que ella pertenecía, habían logrado identificar a Mata-Hari, a quien se capturó al ir a cobrar un cheque con que se pagaban sus informaciones, a un banco de la ciudad de Lyon.

No falta quienes consideran a Gómez Carrillo como autor que busca más que todo, la sensación, a través de su pretendida frivolidad y sutileza. Y por eso considero un acierto de su biógrafo, Torres, el haber unificado las instantáneas tan diferentes, contradictorias muchas veces, de esta vida que estuvo

siempre bajo el signo de las sensaciones. Todo en su literatura es perfume, caricia, música, y por eso se dice de él que sus crónicas son la quintaesencia del género, descriptivas, plásticas, móviles, armoniosas. Y bastará leer cualquiera de estas crónicas, para darse cuenta que Gómez Carrillo era un ser que vivía de la piel para afuera con la epidermis despierta.

La biografía de don Edelberto Torres deja abierta la puerta para el estudio que habrá que realizar, no ya de la vida, de lo cotidiano, de lo anecdótico del insigne cronista guatemalteco. Cuando se habla de su personalidad todos se conforman con citar sus relaciones amorosas, sus duelos de espadachín insigne, todo lo cual es tristemente superficial. Hace falta el criterio que señale, al estudiar a Gómez Carrillo, al creador de la prosa española moderna, flexibilizada, renovada, que así como Rubén Darío cambió el verso castellano, Gómez Carrillo reformó nuestra prosa. Pero este estudio está por hacerse. ¿Lo hará el estudiante que nos consultaba, y a quien entregamos el libro del profesor Torres?

Miguel Angel ASTURIAS

(Premio Nobel)

LOS «PANTERAS GRISES»

LA «CONTESTACION» DE LOS VIEJOS

ASI, de entrada, la cosa puede resultar chocante, incluso cómica. Al parecer, una tal Miss Margaret Kuhn, de Filadelfia, se propone organizar un movimiento de reivindicación o defensa de los ancianos, y pretende titularlo «los Panteras Grises». Lo del «gris» viene a cuento, aproximadamente, por el natural encanecimiento de los militantes, claro está. Miss Kuhn aspira a aprovechar el prestigio de un membrete «contestatario» famoso, el de los «Panteras Negras». Igual pudo haber escogido el de «Frente de Liberación Senil», paralelo al de tantos «frentes de liberación» como fluyen por el mundo. O cualquier otro semejante. En todo caso, la terminología tiende a adornarse con reminiscencias agresivas. Y eso es lo que hará sonreír. No es que el tipo de viejo belicoso e inordinante sea insólito: son muchas las personas provecas que mantienen firme el ánimo y despierto el ingenio, capaces, muy capaces, por tanto, de crear problemas. Pero también es obvio que su fragilidad física no resistiría el menor empuje de represión. No nos imaginamos un comando de caracales asaltando oficinas públicas, tiroteándose con la policía o secuestrando un avión. Sin embargo...

El asunto de los abuelos siempre fue grave y angustioso. Mientras la sociedad se aguantó sobre los pilares de la familia y el asilo, las soluciones, mal que bien, funcionaban, a medias entre el cariño y la caridad. Los viejos, en el fondo, lo pasaban mal en manos de nietos y monjas. Peor fue, con todo, lo que ocurrió en otros lugares y épocas, donde los vecinos decrépitos eran liquidados sin contemplaciones desde el momento en que empezaban a ser inútiles. Los grupos de tradición patriarcaloide hallaron formas de entretenimiento más o menos suaves, basadas en la paciencia y en el respeto. Y en el egoísmo, además. Un día, a su vez, el hijo o el nieto alcanzarían el grado y la edad de abuelos, y esta perspectiva les obligaba a sustentar un mínimo de mitología «gerontófila» para disfrutar finalmente de sus ventajas. Las condiciones generales —agropecuarias— de la vida lo permitían. En las casas había sitio para el anciano escandalosamente superviviente, y las mujeres, ancladas en el hogar, podían dedicarle cuidados y, si convenía, carantoñas. Todavía permanecemos en esa área de afectos y compromisos, pero el futuro se prevé en términos menos sonrientes.

Por un lado, cada vez habrá más ancianos. El número de los adultos aumenta a ojos vistas, y no dejan de tener razón los jóvenes si se piensan como «minoría», pese a la confusión de las estadísticas. Gracias a los médicos y a lo demás, la gente vive más años. Esa misma abundancia de adultos ha hecho o hará que ciertas

fronteras de la «vejez» se adelanten: las del trabajo, sin ir más lejos. Ya estamos viendo cómo se pone difícil para un cincuentón encontrar empleo digno: la «discriminación de la edad» no es tal discriminación, sino un simple y lógico mecanismo de reajuste entre el tinglado económico y las disponibilidades demográficas. El «ocio» prometido empezará por las generaciones mayores, y no será exactamente «ocio», sino jubilación o cese, cobrando o sin cobrar. Y por otra parte, los medios domésticos y de beneficencia para absorber esta eventualidad se revelan dudosos. La termita urbana no está proyectada para conservar a la yaya en un cuarto —no hay tantos cuartos en los pisos de última hora—, y la hija, la nuera y las nietas han de salir a ganarse el jornal. Las familias de mañana no podrán permitirse el lujo de tener en casa un viejo, un enfermo, ni un muerto para velar...

No hará falta señalar el testimonio de cines, teles o novelas que se alimentan de temas actuales en una gran ciudad: los personajes de estas historias, generalmente, no tienen abuelos, y pocas veces padres, como no sean en estado jovial. Basta mirar a nuestro alrededor: visitar a unos recién casados y el espacio de que disponen. Hablo del ciudadano medio. Entre la multitud asalariada, incluyendo el sector que cobra discretamente, el recurso de la manutención y la solicitud aplicadas a sus ancianos se evapora. En el cambio —seamos cínicos— se intercala, para mayor amargura, la decadencia de la «herencia»: las averdeces rurales por cuatro abalorios, unas pesetas, una colcha de raso o un peggul, dramáticamente balzacionas, ya no cuentan. El viejo se ve descartado de manera automática por las nuevas rutinas. Y no digamos ya cuando se trata de parientes menos directos, o cuando la senectud asalta a viudos o solteros sin apoyos inmediatos. Las fórmulas de la seguridad social, en todas partes, procuran mitigar estas angustias. ¿Bastante?

Sea como fuere, la resolución de Miss Kuhn es muy natural. Esta señora, que raya en los setenta, ha «tomado conciencia» de su situación, y sale a la calle con su pancarta. Espera que se le unan más viejos: ella los llama —y se llama a sí misma— con este nombre implacable y triste, «viejos». Nada de circunloquios: «la revuelta de los viejos» es su programa. Valiéndonos del venerable vocabulario burocrático español, casi cabría decir que Miss Margaret Kuhn sospecha que, en la siempre pendiente «lucha de clases», las «clases pasivas» constituyen un tercero en discordia. No es eso, desde luego. Pero la creciente avalancha senil, el desamparo que se cierne sobre ella y la táctica del avestruz con que el resto de la sociedad afronta la cuestión —es decir: no la afronta—, justifican

la reacción insolente. Los viejos son víctimas de la maquinaria macroindustrial y tecnocrático-consumista: más víctima que los negros —y los negros viejos están ahí, como «minoría» suelta—, que las mujeres —idem de idem—, que los chavales... Miss Kuhn aún no ha conseguido más de mil quinientos adheridos. Los «Panteras Grises» distan mucho de ser amenazadores.

¿O sí? Todo depende de cómo enfoquen su estrategia. Es evidente que una «guerrilla urbana» de sexagenarios no creará graves dificultades al orden público. La comparación con los «panteras» morenos no pasa de ser un rasgo de ingenio publicitario indiscutiblemente festivo. Pero hay otras opciones. Una sentada de matusalenes ante el Capitolio o ante la Casa Blanca, podría dar mucho de sí: como espectáculo y como argumento. Por lo demás, un vejstorio con réuma no podrá apoderarse de un avión —para ir, ¿a dónde?— ni darse de mamporros con un guardia en una algarada callejera; pero, tranquilito, en su retiro, y sin que nadie se entere, puede preparar un paquete postal explosivo. O, enterándose todos, aparentar una huelga del hombre. O fastidiar de mil modos. Desde «Arsénico por compasión» a «El cochecito», los esquemas de «acción» que pueden utilizar los ancianos quedan relativamente insinuados; pueden ir mucho más allá. Por poca iniciativa de «pantera» que tengan Miss Kuhn y sus «muchachos», y sin moverse de Filadelfia, podrían poner en apuros a la Administración Nixon y al mismísimo Dios Padre que bajase del cielo. No es de creer que acontezca nada. El «status» de anciano no lo tolera.

Ser viejo es algo transitorio: permítaseme decirlo así. Uno es negro, judío, palestino, irlandés, o mujer, y ser eso supone —en general— una invitación al «conflicto» fundamentada en planteamientos históricos. Lo de la vejez pertenece al ramo de la biología. Como lo de la juventud. Los chicos que vociferan en nombre de sus pocos años, olvidan que el truco se les acaba en cuatro días. Los viejos que no se chupan el dedo saben a qué atenerse: es el final de trayecto. Y ese final comporta un ineluctable proceso de degradación física y moral. Cada vez se es más viejo: más débil, más achacoso, más gágá. Las excepciones no cuentan. Y aunque la higiene y las doctoras rumanas —la «jalea real» saineasca de hace unos lustros— hagan milagros, la cosa no tiene remedio. Ignoro lo que Miss Kuhn arguya como «doctrina» sería. En última instancia, y sea lo que fuere, no es posible ser «pantera» —ni negra ni blanca, y mucho menos gris— cuando se llega a viejo, y a viejo de veras. Nos espera el chocheo —en la hipótesis de que haya suerte—: ésta es la fiija. Un «frente de liberación» construido sobre la hi-

perción, el párkinson o lo que fuere, no «liberará» nada. Los que vamos para viejos lo sabemos.

Lo cual no significa que no sea urgente estimular una especie u otra de «Carta de los Derechos del Viejo». Habría de suscribirlos los ministros pertinentes —candidatos a viejos—, y la aplicarían unos funcionarios cualquiera —viejo: en trámite—. Porque, si de viejo no se pasa, a viejo se llega. ¿En qué consistiría, pues, la reivindicación? Ignoro lo que Miss Kuhn sugiere. ¿Hospitales, residencias aforables, compañía? El problema del anciano solitario —y el anciano está condenado a la soledad, por definición, no ha, que darle vueltas— es infinitamente más difícil de solucionar que el del negro, el de la mujer o el del palestino. ¿Qué me dirían ustedes, pongo por caso, del «viejo verde»? Hasta los chicos «progres» se echarían a reír. Cuando tanto énfasis se proyecta sobre la «emancipación sexual», apenas se tiene en cuenta el agobio efervescente de los viejos, y hasta los más decididos postulantes de la «revolución del orgasmo» —pura fantasmagoría pequeñoburguesa— se olvidan del escorzo senil. Que yo sepa, sólo un libro de un médico sueco, cuyo nombre no recuerdo, aboga por remediar esta angustia: «Las minorías eróticas» se llama el volumen...

La biología, en el caso de los ancianos, es una extraña noción —una manera de hablar— que comporta penosas reclamaciones, que la sociedad está obligada a satisfacer. Los viejos de hoy fueron los jóvenes de ayer: etc. La rueda de la vida gira a su aire. En crisis la ideal «patriarcal» de la sociedad, los viejos han de poner el grito en el cielo. Es lo menos que deben hacer. Y una hipotética Internacional de Ancianos, si fuese juiciosa, podría aliarse con cualquier Internacional de Jóvenes parecidamente sensata: la transfusión entre ambas la daría —la da— el paso del tiempo, en definitiva. Sería una combinación energicamente liberadora. Pero no. La vejez es tabú para los críos, que capciosamente procuran poner entre paréntesis su más ineluctable porvenir, que es —descartados: el suicidio, un accidente de carretera o cualquier enfermedad prematuramente drástica —«envéjecer»—. Es tabú para los viejos bienestantes, mandones o no. La anécdota de Miss Margaret Kuhn, magnífica, nos sitúa frente a las inciertas de desprecio y de ofuscación que cultivamos respecto a nosotros mismos. Los «Panteras Grises» desaparecerán en su intrínseca inanidad. Pero los ancianos —verdes, dorados, negros, rojos, azules, blancos— serán; seremos, una «contestación» vidriosa y permanente. Para acabar de vivir, para morir, ¿qué y cómo?

Joan FUSTER

SERVICIO DE ASISTENCIA TECNICA

(SEGAD, S. A.)

Frigoríficos - Lavadoras - Lavavajillas

PHILIPS
IGNIS
RUTON
FIDES

Comunica que a partir del próximo día 15 de septiembre, dispondrá de 4 líneas directas de teléfono para recepción de avisos y consultas, cuyos números serán:

264-22-18 — 264-22-21 — 264-22-24 y 264-22-56

Montcada y Reixach

NAVIGUE CON TITULO

Navegar no es difícil
Cursillo intensivo con asistencia a clase o por correspondencia.

patrón motor
vela 1ª 2ª
y patrón yate.

ACADEMIA NEPTUNO

rocafort, 242
entrio, 3.º
barcelona-15
telef. 321 93 59
(tarde de 6 a 10)

Empieza 10 y 17 Septiembre
Exámenes Noviembre 1973

Perpiñá

Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4-6 y 8
TELS. 242 17 35-222 18 95

Para una BODA FELIZ su lista de regalos
Importación Europea de Cristalerías Vajillas Objetos de Regalo
Selección Distinción Preferencia Estilo Buen gusto ...a su servicio
OBSEQUIO SORPRESA A LOS NOVIOS.